

Panel

PRESENCIA ESPIRITUAL DE LAS COMUNIDADES MONÁSTICAS A LA LUZ DEL EVANGELIO

Introducción:

El tema central de este encuentro es: Presencia de las Comunidades Monásticas en Latinoamérica, hoy. Una de las dimensiones fundamentales de esta presencia es ciertamente la dimensión espiritual. Nuestra presencia en Latinoamérica es como un signo, como un sacramento. El contenido de este signo es muy variado: hablamos de un contenido social, de uno pastoral y de uno espiritual. Este puede ser considerado el más importante porque de alguna manera inspira y orienta a los otros.

En este momento estamos analizando este contenido espiritual de nuestra presencia y lo hemos hecho fijando nuestra atención en las formas externas que son los medios con que se objetiviza el mismo. Así se ha hablado de la oración litúrgica, de la vida contemplativa, etc.

1. Terminología y líneas generales del Nuevo Testamento

Al leer el Nuevo Testamento constatamos que, cuando habla de la dimensión espiritual de la vida de los hombres, no emplea términos que hoy nosotros usamos para expresar nuestra vivencia cristiana y monástica. Así, no se habla de “vida contemplativa” o “vida activa” o de cualquier otra manifestación que denote un dualismo o un angelismo.

Tampoco se pone como prototipo o modelo de la vida evangélica lo que nosotros llamamos la “vida de Jesús”, es decir, la forma y el estilo de vida concreto que le tocó vivir porque nació y vivió en Palestina en el siglo primero de nuestra era. El tomar como modelo la “vida de Jesús”, entendida en este sentido, tiene dos peligros: se prestaría a una creación fantástica, que idealiza, absolutiza situaciones accidentales y además puede conducir a un irrealismo histórico que se convierte en evasión de los compromisos históricos actuales. Por eso los evangelistas y los autores del Nuevo Testamento no se fijaron en la “vida de Jesús” en cuanto a sus formas externas, sino en el mensaje que Cristo nos dejó y en las grandes líneas de su existencia: encarnación-redención-liberación...

De ahí nacieron y se desarrollaron los dos temas clásicos de los primeros cristianos y de los primeros monjes:

- *la sequela Christi*, el seguimiento de Cristo
- la vida nueva, o vida en y según el Espíritu.

Las comunidades monásticas reconocen en estas dos líneas neotestamentarias la fuerza de su presencia espiritual y el contenido profundo de la misma. Del mismo modo, las comunidades que hoy llamamos de “vida contemplativa” es decir, aquellas que organizan su vida de tal manera que ponen de manifiesto aún en los elementos externos estructurales su preocupación primordial por Dios y por la dimensión trascendente y escatológica de la vida cristiana, encuentran su dinamismo en estos dos temas fundamentales.

a) *La “sequela Christi”*

La actitud de los apóstoles y discípulos, quienes, al escuchar el llamado del Señor dejan todo y comienzan a vivir de una manera distinta, -lo siguen, caminan con Él, viven con Él y como Él-, es el modelo para todo cristiano y es el modelo de los monjes, que como Antonio y Pacomio sintieron en esa Palabra una invitación personal. “Seguirle, es decir, concretamente vivir con Él con todo lo que esto lleva de desarraigo de un estilo habitual de existencia incluso piadosa, proclama existencialmente la relación absoluta que el Evangelio mantiene con el “ser-hombre”, el dominio total que la palabra de Dios revelada en Jesús ejerce sobre la persona... “seguir a Jesús” equivale, en efecto, a “creer ostensiblemente”, a “escuchar demostrativamente”, a “declararse abiertamente por Él”, pero mostrando al mismo tiempo que su palabra es la del Señor de la existencia que colma la profundidad de la vida misma. Hasta tal punto que basta con preocuparse continuamente de Él. Antes de cooperar en el trabajo de Jesús y antes de predicar, el puñado de los que “siguen a Jesús” significa de esta suerte la realidad y la eficacia última de la fe, la adhesión a una Palabra de Dios que abarca la totalidad del hombre y que en cierta manera la reivindica. De esta forma, por su existencia centrada en Jesús visto como “único necesario” y experimentado como tal, se coloca en ese todo permanente de confesión de la fe. Nos hallamos ante una realización típica de la Iglesia en tanto que ésta es el lugar del encuentro de una gracia de Dios, siempre exigente, y de la respuesta de los hombres”. (J. M. Tillard, OP, *El Proyecto de vida de los Religiosos*, p. 193).

b) La vida en y según el Espíritu

Cuando ya no se pudo seguir físicamente a Jesús, porque había sido glorificado, la comunidad cristiana sintió la presencia del Señor “en el Espíritu” y expresó su seguridad de vivir junto a Él y de “seguirlo” en fórmulas como “vida en el Espíritu”.

Hay una constante relectura de la *sequela Christi*. Para Pablo esta *sequela* se convierte en una “imitación”, que tiende directamente a reproducir en el corazón y en la vida del cristiano los mismos sentimientos y las mismas actitudes de Cristo. Mientras el término “seguimiento” expresa más bien una actitud existencial concreta que hace nacer un estilo de vida propio, la “imitación” significa más bien una transformación personal que se dirige a la santidad interior. Es la vida en y según el Espíritu la que lleva a cada cristiano a expresar de una manera siempre nueva y distinta los valores del Reino. Me parece interesante recordar aquí el trabajo que ha hecho la CLAR sobre la “Vida según el Espíritu”, en el que se presentan la fuente y los elementos que configuran el testimonio espiritual de la vida religiosa.

2. Los valores del Reino

La vida monástica trata de poner de manifiesto de un modo particular algunos de los valores del Reino, que Jesús propuso como fundamento de su proyecto de vida y que él mismo vivió personalmente. La mayoría y quizás la totalidad de ellos son comunes a todos los cristianos y no propiedad exclusiva de los religiosos o monjes. La diferencia específica está en la forma como se quieren vivir, pero no en el hecho de poseer algo esencial que no tengan los demás creyentes.

a) Las bienaventuranzas evangélicas

Es el horizonte propio del Evangelio, en el cual cobran luz y sentido el vivir y actuar del hombre nuevo. La felicidad del hombre está en el actuar y el vivir según esa escala de valores, que pone en primer término el Reino (vida, para san Juan) y no el poseer cosas o placeres. Los monjes y especialmente los contemplativos muestran con su vida la posibilidad y la validez de un proyecto histórico fundado en las bienaventuranzas y no en la preocupación por poseer o por dominar o en la lucha de clases. Nuestra misma teología latinoamericana debe mostrar los grandes valores, que están presentes ya en la vida de nuestro pueblo y que tienen particular relación con estas bienaventuranzas evangélicas. Ni el desarrollo, ni la liberación que proponemos deben alejarnos de esta meta, sino

acercarnos cada vez más a ella: vivir en el horizonte de las bienaventuranzas evangélicas. Además, Cristo nos presenta otras dimensiones que es necesario tener en cuenta para nuestra vida espiritual.

b) Conciencia clara de la intimidad personal y de la dependencia con respecto a su Padre

La revelación más íntima que Cristo nos ha hecho se refiere a su manera de relacionarse con Dios. Lo llama ABBA. Es y tiene conciencia de ser HIJO. Esto denota una gran intimidad y una serie de actitudes nuevas en la vinculación del hombre con Dios: Serenidad y confianza, cariño y alegría, compromiso de respuesta.

Esta realidad adquiere una resonancia especial en la vida de los monjes y de los contemplativos. El carácter filial e íntimo de la relación del hombre con Dios impregna y orienta la acción y la contemplación del monje. Por eso nuestra fuente de vivencia espiritual y mística no está en métodos o prácticas naturales y exóticas, sino en esta realidad teológica: nuestra filiación divina. La toma de conciencia cada vez más completa de esta realidad, posibilitada por la práctica fiel de la oración litúrgica, de la *lectio divina* y de la convivencia fraternal (somos hermanos porque todos somos hijos de Dios), nos conducirá a una intimidad cada vez mayor con Dios.

Pero además, Cristo siente una dependencia frente a su Padre. Dependencia que no es esclavitud y opresión sino reconocimiento de su trascendencia y afirmación de su soberanía. Hay aquí una actitud religiosa, que de nuestra parte debemos expresar en una vida de oración en la línea de Mt y de Rom 8,14-39.

c) Conciencia clara de la bondad de la creación y de la responsabilidad y relativa autonomía del hombre

Tanto Jesús como todo cristiano sabe que la dependencia real que tiene con respecto a Dios no le quita la responsabilidad personal en su vida y que no disminuye en nada su autonomía relativa en la construcción del mundo. Es por eso que la fe cristiana no es una alienación ni una evasión, sino una genuina “encarnación”. La encarnación del Hijo de Dios es la consagración de todo lo creado y la expresión más clara del compromiso del hombre en la santificación progresiva de los hombres. La responsabilidad y la autonomía relativa del hombre, lo hacen actor de la historia salvadora de Dios.

Esto debe estar presente en la vida de los monjes. Hay una tradición tanto en el AT como en el NT que se refiere al “saber vivir”, a la “sabiduría” como actitud humana. Así se consigue un estilo de vida en el cual todas las cosas y las personas encuentran su ubicación apropiada. En este “vivir sabiamente” se integra la austeridad cristiana, que conduce al hombre a no dejarse llevar por lo fácil y por el placer. La sabiduría enseña al hombre a apreciar y a gustar del esfuerzo, el trabajo, la constancia, la conquista de un ideal, la superación de las esclavitudes personales, etc. El hombre nuevo del Evangelio es aquel que liberado de las esclavitudes y opresiones externas y aún en medio de ellas, tiene esta “sabiduría” que le hace gustar y saborear las realidades objetivas y concretas de la creación, del trabajo, de la amistad, de la solidaridad, del diálogo y de la intimidad con Dios. Todo esto marcado por la renuncia real y alegre de los espejismos del egoísmo y del placer.

d) Compromiso con el Reino

Cristo vivió en función del Reino. No miraba su comodidad o sus intereses personales. Su compromiso con el plan de su Padre fue tan real que llegó hasta la cruz y la muerte. El monje también es aquel que siente un compromiso real por el Reino. Por eso asume el sufrimiento, la cruz y la muerte. No vive para sí mismo, no se preocupa de su purificación, su santificación. Su mirada no es introspectiva y subjetivista, sino objetiva e histórica. Vive pensando en Dios. No en un Dios abstracto e impersonal, sino en el Dios personal e histórico: el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob y Dios de nuestro Señor Jesucristo, que tiene un proyecto especial para los hombres y es un proyecto de

salvación de todos los hombres, de liberación de todos los pueblos.

El contemplativo es aquel que ve, que agradece y que canta las acciones salvadoras de Dios en todos los hombres y en la historia. Es el hombre que vive y canta la realización progresiva del plan salvador de Dios, como María cuando entona su *Magnificat*.

La vida monástica y la vida contemplativa no están ausentes de la historia. Más bien es la célula consciente, de ese gran organismo que va creciendo a lo largo de los siglos.

e) Actitudes del hombre nuevo

En la línea de los valores del Reino, que el cristiano y el monje deben poner de manifiesto, estarían las actitudes concretas del hombre nuevo. Podemos enumerar las siguientes:

Esperanza y optimismo: La seguridad de sentirse hijos de Dios y la victoria de Cristo resucitado, son el fundamento inquebrantable de su optimismo y su esperanza. La esperanza cristiana que hace vivir al hombre en una tensión escatológica, es fuente de una vida siempre nueva que empieza ya aquí y ahora. Por eso la esperanza nos hace vivir ya los goces del Reino, que se manifestarán plenamente en la escatología.

Alegría: La esperanza y el optimismo hacen nacer y crecer una alegría profunda que nada ni nadie puede quitar. Es uno de los frutos del Espíritu que se deja ver aún en los momentos de cruz y de sufrimiento. El Evangelio de Lucas es un hermoso testimonio de alegría que trajo Cristo a este mundo y que se debe reflejar en la intimidad de nuestras comunidades monásticas y contemplativas.

Humildad y austeridad: El reconocimiento de la propia limitación y la aceptación de esa condición hace del monje un servidor humilde del Reino. La humildad personal y comunitaria nos ayuda a asumir nuestra responsabilidad, sin pretensiones de triunfalismo de ningún color. María es el modelo de esta actitud: "Hágase en mí según tu Palabra". La austeridad además de ser un medio purificador es la expresión de nuestro convencimiento de los valores trascendentes del Reino. Nuestra renuncia no está motivada por una actitud masoquista, ni por un desprecio o temor de los bienes de la naturaleza, sino por la dedicación a "otras cosas..."

Amor: El signo distintivo de los que creen en Cristo es el amor. Es la estrategia que Jesús ha presentado para cambiar el mundo. Hoy nos preguntamos si no es una utopía. Frente a otros métodos y a otras estrategias que se llaman dominación y poder a lucha de clases, el amor parece una utopía. Quizás el reto que hoy se nos hace a las comunidades monásticas en América Latina sea el de ver si somos capaces de mostrar la posibilidad y la validez de un proyecto de sociedad, fundado en la utopía: del amor y de las bienaventuranzas evangélicas,

Conclusión

La presencia espiritual de nuestras comunidades monásticas según lo que nos dice el Nuevo Testamento debería poner de manifiesto los siguientes elementos:

a) Importancia y supremacía de Dios: Mostrar con la organización y con las actitudes concretas de nuestras comunidades que creemos y alabamos a un Dios, que es personal y que es Padre. Que es histórico y actual, que tiene algo que decir a los hombres de hoy.

b) Responsabilidad del hombre en la realización del Reino: y preocupación constante por él. Cuando el cristiano reza "venga tu Reino", siente el compromiso de hacer presente ese Reino, tanto en su vida personal, como en su vida comunitaria y social.

La vida monástica y la vida contemplativa no deben convertirse en una búsqueda egoísta de un perfeccionismo individual, sino en la *expresión más perfecta* de la dedicación constante y completa por el Reino.

c) Vivencia de los valores del Reino: Los monjes y los contemplativos son los testigos de la presencia - aquí y ahora- de los valores del Reino. Por eso ordenan su vida en función de ellos. La misión profética de las comunidades monásticas es recordar a la Iglesia y al mundo el “más allá”, de dónde vienen y la esperanza que los anima.

*Victoria - Entre Ríos
Argentina*